

JAVIER BÁEZ ZACARÍAS

LA TRANQUILIDAD

EN UNA TAZA

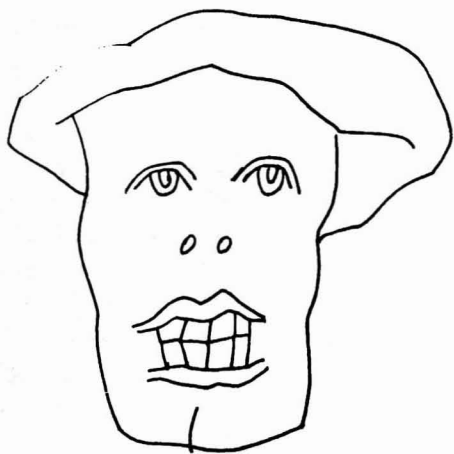
Primero pensó que era la suerte, que por fin ocupaba un lugar en el espacio y podría vivir sin ningún remordimiento. Había dado unos pasos hacia el centro de la sala, tomó una copa para sentirse a gusto, giró la cabeza hacia la izquierda como quien busca sitio, y ahí fue que descubrió a Patita, la secretaria del tercer piso, que le sonreía. Nunca antes le había sucedido, la señorita Paty siempre había mostrado indiferencia por el vendedor Cutberto. En las tardes, cuando se entregaban los pedidos, ella los recibía sin levantar la vista del escritorio, por lo que él jamás había podido hacerle un gesto amable. Y vaya que el vendedor se sentía atraído por la señorita Paty, siempre era puntual en el regreso, para verla, y retardaba lo más posible la salida. Envidiaba al archivista Francisco que podía jugar y le decía: ¡Paty Patita! ¡Paty pa mí! Y ella contestaba: ¿Paty pa ti? ¿Paty pa Paco? ¡Pa co rrer! Y se reían, todos se reían en la oficina. Habían oído muchas veces el mismo chiste y siempre les causaba gracia. Paty pa mí, se dijo Cutberto cuando descubrió la sonrisa de la secretaria quien le decía algo con las manos, señalaba una copa, se tocaba el estómago, cerraba los ojos y sonreía otra vez. Él no entendió el significado de tanto gesto pero se sintió feliz. Levantó su copa como si fuera a brindar, y un brindis con voz fuerte y frases rebuscadas salidas del corazón era lo que más se le antojaba. Quiso decirle, también con señas, un momentito, cojo otra copa y voy contigo. Pero giró la cabeza a la derecha y ahí fue que descubrió a Francisco que movía las manos, cerraba los ojos, se tocaba el estómago y se ponía a reír. Cutberto caminó hasta la pared. La casa no era fea, tal vez un poco chica. Cómo podía haber aquí casi que todo el personal de la empresa, más un árbol navideño, un nacimiento con cascada, tres reyes, una estrella y un Dios todopoderoso. Se sintió incómodo en tal hacinamiento, la corbata le apretaba, el saco lo oprimía. Pero cómo quitárselos sin parecer que está borracho. Vendedor ingrato, le dirían, aparente, la apariencia debe estar siempre primero. Lo mejor era caminar, hacer que el aire circulara. Junto a la mesa tres colegas platicaban, parecía que discutían hablando los tres al mismo tiempo, las caras rojas, los lentes

siempre a punto de saltar. Ellos sí que aparentaban, las ideas parecían salir vertiginosas. Cutberto llegó buscando un hueco, los tres amigos se callaron de repente, como si el que acababa de llegar hubiera pisado un botón que los desconectara. Él pudo decir cuánto calor hace en este sitio, o bien, qué chula está la Paty, pero guardó silencio, movió los pies buscando un interruptor escondido abajo de la alfombra que los pusiera a funcionar. Los tres amigos continuaron conversando y lo ignoraban:

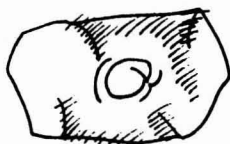
- Te decía, Fola es furcia, ficha fuerte.
- Lo mejor es obligarla al ordenarle lámelo, para luego, culpando, lograr que limpie lo lamido.
- También la Rosa roza recio.
- ¡Fue fácil fajar con esa fulana!
- Le dices linda y luego luego ladea el lomo.
- Yo ronco, sí, pero Rosa recibe recompensa.
- Tomo un trago —dijo Cutberto y caminó.

En realidad buscaba un baño. La casa no era fea, tal vez la decoración un poco antigua, perfecta para una fiesta empresarial. Si encuentro el baño primero que una copa, pensó, Patita cenará conmigo el veinticuatro. Y el baño se mostró comprensivo; estaba solo, la luz prendida, la puerta abierta. Puso el seguro y se bajó los pantalones; se sentó en el excusado a descansar. Tres minutos, tres minutos, se dijo quedo igual que cuando entraba a un baño público, a una de esas casetas de madera verde cielo que todos los días lo esperaba, amorosa, casi que en cada esquina de la calle. Tibias siempre, unas islas protectoras que lo ocultaban, que lo escondían. Todos los baños, en el fondo, son iguales, como todas las madres son iguales también, se dijo y sonrió porque él no recordaba bien la que le había tocado. ¿En qué parte del camino se quedó? No lo recuerda, como no recuerda jamás un abrazo confortante. Es más sencillo entrar a un baño y descansar. Tres minutos, tres minutos, Cutberto decidió salir. Se lavó las manos, y antes de salir lanzó una mirada al espejo. La casa no era fea, tal vez un poco oscura, cortinas demasiado gruesas que no guardaban proporción con el espacio. Jáuregui ya no podía aparentar, a leguas se notaba que había traspasado el límite, colgaba la cabeza como si escuchara atento lo que

otro, muy cerca del oído le contaba. A él nadie podía decirle vendedor ingrato, pues era el jefe. Cutberto se fijó que el nudo de la corbata estaba muy bien hecho, el saco y el pantalón sin una arruga, como si se los acabara de poner, como si no los hubiera llevado todo el día. Uniforme de vendedor, le dijo desde lejos, y como Jáuregui no levantara la cabeza, ni se acomodara los lentes para ver quien lo llamaba, volvió a decir, más fuerte y con firmeza, uniforme de vendedor. El jefe podía haberlo oído, sí, la voz era suficientemente alta para vencer todo el barullo, pero no se dio por aludido, siguió moviendo afirmativamente la cabeza a



- idea - forma - casa -



todo lo que el otro le decía. Si no trae galones, pensó Cutberto, cómo se diferencia de nosotros; él trae zapatos negros, yo también; él trae camisa blanca, yo también; él trae reloj pulsera, yo también. Tal vez un cierto brillo. Él es jefe, yo no. Así que me cago en sus insignias, dijo, y gritó —ahora con un chillido pleno y desbordante— ¡uniforme de vendedor! Todos, como si hubieran sido llamados, empezaron a moverse; las suelas sobre la alfombra susurraban, y los vasos sobre las mesas, las tazas sobre los platos, las copas en las charolas. Un viento sopló empujando servilletas, sacó la ceniza de los ceniceros, acarició el perfil de las muchachas y todo quedó listo para la partida, la puerta estaba abierta. Había que salir ¿a dónde? La noche era fría. Cutberto metió la mano a la bolsa de su saco sin saber por qué y salió con los demás; sin darse cuenta había subido a un carro. En el asiento para tres viajaban cinco, en el asiento para dos, tres. Cutberto, por supuesto, iba en la parte trasera, Francisco iba a su

lado. ¿Por qué Patita iba sentada en las piernas de Francisco? ¿Por qué Cutberto sólo veía la espalda de Patita? ¿Por qué los glúteos de Patita se apoyaban casi en las piernas de Cutberto? ¿Por qué Francisco besaba y acariciaba indecorosamente a la Patita? ¿Por qué la Patita no corrió? La noche era oscura y cada quien parecía viajar por rumbos diferentes en ese auto, Cutberto decidió tocar el traje sastre de Patricia. Primero fue sólo el mover leve de las piernas, después puso la mano en la cadera. ¿Cuántas manos acariciaban a Patita? ¿Era ella el punto de unión de caminos diferentes y la causa de un silencio más oscuro que la noche? Los de adelante no volteaban hacia atrás, los de atrás no veían hacia adelante. Parecía que el objetivo en la vida de esos cuatro viajaba en el asiento trasero de un auto. ¿O era sólo Cutberto el que tocaba el cuerpo de Patricia? ¿Sólo Francisco y Cutberto los que disfrutaban de la secretaria? El carro se detuvo y el chofer dijo hasta aquí llego. Las portezuelas se abrieron, y como si se hubiera formado un ventarrón, todos se esfumaron; también el chofer había seguido su camino. Cutberto estaba solo. La noche seguía enfriando. La plaza parecía congelarse. Ni un movimiento en la ciudad. El vendedor tentó a la suerte al pensar, si llego a la esquina sin que pase un taxi, Patita cenará conmigo. Y la suerte se apiadó, la calle seguía igual de silenciosa, sólo el sonido de sus pasos rebotaba en la pared. No había otra, tenía que caminar hasta la casa.

Por la mañana —cualquier mañana— el despertar era angustioso, su destino de vendedor oscuro lo preocupaba, se le atoraba a la garganta como un nudo, se cubría con la cobija y pensaba en el encuentro con el jefe —saludo cortés con reverencia y sonrisa que va de oreja a oreja—, con los otros vendedores —saludo con albur y abrazo— y con la señorita Paty, secretaria del tercer piso que tal vez decidiera levantar la vista del escritorio y sonreírle. Pero en realidad él prefería no ver a nadie, llegar temprano y recoger las formas de pedido y sentarse por ahí, fingiendo que acomoda el material, para observar con calma —sin que nadie lo interrumpa— a la Patita. Abriendo el archivero, escribiendo a máquina, platicando con Maruca, bromeando con el archivista que le recordaba siempre ¡Paty Patita! ¡Pati pa mí! Y después de las risas, Cutberto podía irse tranquilo a trabajar. Las ganas de orinar lo obligaban a dejar las cobijas, refunfuñaba un rato todavía, hasta que, sentado en la taza del baño, distinguía las proporciones de la vida: vendedor oscuro, ni modo, comparsa siempre, cumplido con la cuota de ventas, amable cuando no había escapatoria, soltero por destino qué se le va a hacer, cercano a la madurez y sin responsabilidades. Vivo tranquilo, vivo tranquilo, se decía y volvía a repetirlo, quiero vivir tranquilo. Después, con un vaso de leche fría la angustia se le desatoraba y el día dejaba de ser negro para convertirse en

gris; bah, qué importa. Salir de casa muy temprano es la costumbre; cargar el portafolios la rutina. Taconear el tacón en la banqueta para que dijera haciéndose notar repetitivo y convincente: ca-tel-cos-to; y las personas, al escucharlo, preguntaran también con su zapateo: cuan-to-cues-ta. Él podría convertirse en el vendedor número uno, y caminaba un poco más aprisa, haciendo ruido en la ciudad, hasta que un cosquilleo en la vejiga lo obligaba a detenerse, a buscar una caseta de madera verde que le ofrecía la tranquilidad en una taza.

Un día, pues, así como siempre y tan seguido, al cruzar la calle, sintió de pronto que las ganas le ganaban. Aprovechando que la esquina estaba cerca se dirigió a la caseta salvadora, refugio de los desesperados, que con su puerta de madera verde esperanza lo esperaba. Entró con la seguridad de la costumbre y se sentó tomando bien el tiempo: tres minutos son suficientes para desahogar y descansar. Quiso cerrar los ojos apoyando la cara en las rodillas, pero una lucecita que venía de afuera lo detuvo; un vencimiento en la tabla dejaba, fijando bien la vista, percibir el movimiento de los coches, el pasar de los peatones; y no era la combinación de luz y sombra que generaliza la vida en la ciudad, sino el dedo envolvente de un cinematógrafo que apunta. La caseta se volvió, así, el escenario de un teatro al que toda la ciudad podía asomarse. Cutberto escuchó, por primera vez interrumpiendo su descanso, el rugir de los carros, el grito del globero, el canto gangoso de un organillo. Pensó que su vida se torcía, igual que la madera, provocando el crujir del intestino. Escuchó también el silbato del tránsito y el tararear de un guitarrista. Su trabajo se vería afectado, ya no tenía privacidad. Y escuchó, como un relámpago a su lado, la risa maliciosa de dos o tres muchachas. Cutberto saltó del excusado. En un mismo movimiento subió el pantalón y el cierre, apretó el cinto y volteó de un lado a otro. Revisó la caseta, muchas grietas podrían haberse abierto, pequeñas, insignificantes para quien va de paso, pero que podrían ser un palco perfecto para un espectador oculto. La letrina fija al suelo y recargada a la pared, en la parte superior una ventanita que sólo podía ser alcanzada encaramándose a un banco; un soporte para papel sin rollo. El baño no era incómodo, tal vez un poco descuidado. La aldaba bien puesta, firme, segura. Quiso correrla, abrir para convencerse de que nadie lo observaba, pero las risas volvieron a sonar, ahora más escandalosas, tal vez afuera hubiera una multitud, a lo mejor la ciudad se había dado cita en este punto para saber cómo era —en el fondo, muy en el fondo— el vendedor Cutberto. Primer actor, se dijo, oficiante, orador, centro de atención. Pasó saliva, se sonrió y moviendo la cabeza afirmativa pensó que afuera estaría Patita muy atenta, con su traje sastre, con su pelo recogido. En-

tonces se sacó el uniforme de vendedor; el pantalón de casimir quedó tirado, las mangas de la camisa aferrándose al retrete, los zapatos muy cerca de la puerta en posición de firmes, la corbata se arrastraba por el suelo. Levantó los brazos y observó su desnudez. Dijo susurrando y con ganas de gritar: pa ti, Paty, sólo pa ti. Las risas seguían alborotando. Cerró las manos y mostró los conejos, arqueó las piernas. Ahora en las risas hubo gritos. Imaginó suspiros y quiso ver los ojos extasiados de Patricia, quien de seguro cenaría con él, sí, en eso ya no cabía la duda. Trepó sus pies descalzos a la taza de baño que crujió interrogante: ¿A dónde



quieres llegar Cutberto, si ya estás en la cima de la gloria? Las risas no cesaban y ahora tosían un poco como si lo esperaran. El vendedor subió con sus pies descalzos hasta el tanque del agua que repitió casi temblando: ¿A dónde quieres llegar Cutberto, si ya estás en la cima de la gloria? Y Cutberto desdobló sus piernas, como un sol naciente apareció su cabeza en la ventana: el pelo, las cejas, los ojos. Las risas volvieron con los gritos, escandalosas. No sólo eran tres muchachas, sino cuatro, que se revolcaban como gatas más allá de la banqueta, donde empieza el pasto en el jardín. Aventaban una pelota, corrían tras ella, volvían a tirarse alaraqueando. Alguien se acercó a la puerta y dio dos golpes. Cutberto se sobresaltó, tres minutos, se dijo, tres minutos, mientras saltaba hasta el piso. El pantalón de casimir recobró la forma, la camisa blanca la compostura. Los zapatos negros se movieron impacientes, y la corbata se enroscó, seductora, en el cuello. ■